



EL SACRIFICIO (NIÑOS)

A ver si podemos, después de la charla, como tenemos un rato libre para juegos, etcétera, pues visitamos el castillo, que merece la pena. El castillo, tal y como Francisco Javier lo conoció, pues es el que vemos aquí. La parte más antigua de todo el castillo es la torre alta, la que tiene la bandera; esa torre tiene más de 1000 años. Aunque se dice pronto, esa torre tiene más de 1000 años. Luego la iglesia ya está construida recientemente. La iglesia, que se ha puesto con una piedra parecida a la del castillo, es una iglesia de reciente construcción. Bueno, y el foso, detrás de eso está el foso del castillo.

¿Cuál es el lema? ¿Qué lema tenéis hoy en el día?: "Jesús, dame lo que me pides y pide lo que quieras", "Jesús, dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras". ¿Quién es capaz de explicarme ese lema? A ver, parece un trabalenguas: "dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras". ¿Quién me explica ese trabalenguas? A ver: "Jesús, dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras". ¿Quién me lo explica? A ver, aquí un tío valiente. Venga, Martín. "Jesús, dame lo que me pides y luego pídemelo lo que quieras". A ver, ¿cómo explicamos eso?. Martín: "Pues que a Jesús le puedes dar mucho amor, y así que le puedes querer". A ver Jon ven aquí a ayudar. Jon: "Me da la capacidad para hacer lo que me ha pedido". Sí, es decir, tú imagínate lo que Jesús te pide a ti y a mí que seamos santos. ¿Y eso para ti y para mí es fácil o es muy difícil? Para nosotros, con nuestras solas fuerzas, ¿podríamos ser santos? No. Jesús nos está pidiendo algo que es que supera nuestras fuerzas. Entonces yo le digo a Jesús: "Lo que tú me has pedido, si tu no me lo das, es imposible, eso que tú me pides, me lo tienes que regalar, si no, es imposible".

Por ejemplo, yo a veces he puesto el siguiente ejemplo: cuando vamos a misa, tú sueles echar dinero de la bolsa, ¿y el dinero quién te lo da?, mis padres. Bueno, entonces fíjate cómo es esto... o sea, vas a misa van a pasar la bolsa. Jesús primero te da el dinero y luego tú lo tiras en la bolsa. Podría ocurrir que el padre de Martín le diese el dinero para echar a la bolsa y que Martín se lo guarde, eso podría ocurrir, ¿pero eso no lo hemos hecho nunca?. Así hace Dios con nosotros, Dios te da el dinero para que tú lo tires en la bolsa; Jesús te da una cualidad para que tú se lo entregues a Él. Jesús te da la capacidad de ser generoso para que tú después esa generosidad la entregues. Jesús te da el regalo de la santidad para que tú te esfuerces y seas santo.

Entonces hay una cosa que no me queda muy clara: ¿de quién es el mérito? ¿De la moneda que ha caído en la bolsa, del padre de Martín o de Martín? De los dos, el mérito es de los dos, porque el padre se lo ha dado a Martín, pero Martín también la ha echado de la bolsa. El mérito ¿de quién es? De los dos. Así hace Dios con nosotros, que Dios nos da un regalo muy grande, pero él quiere que tú también lo entregues a Dios. Dios no quiere solamente que tú lo recibas, sino que lo recibas y lo entregues.

Porque podría ocurrir, como he dicho antes (y no cojáis malas ideas), que te la metas en el bolsillo. Dios nos lo da para que lo entreguemos. Por eso ha dicho el refrán de hoy, ¿cómo era el refrán? "Jesús, dame lo que me pides y luego pídemelo lo que quieras".

Bueno, pues muy bien, ese es el lema, pero a mí me habían dicho que teníais el tema del sacrificio, pues vamos a hablar un poco del sacrificio. Vamos a hablar del sacrificio, porque es que es algo muy importante en la vida cristiana. Y la oración y el sacrificio, la oración y el sacrificio son dos elementos claves de la vida cristiana. Hay un pasaje del Evangelio en el que los discípulos, los apóstoles, intentan expulsar a un demonio, o sea, a una persona que tenía demonios dentro, y no consiguen expulsarles; y entonces después vienen y le dicen a Jesús: "Oye, Jesús, ¿por qué no hemos conseguido nosotros expulsar a los demonios?, no hemos tenido capacidad de poder expulsarlos". Y Jesús les dice: "Es que hay demonios que necesitan mucha oración y mucho sacrificio para poder ser expulsados". O sea, que hace falta rezar más y hacer más sacrificio. Si no hay oración y sacrificio, hay muchas cosas que no vamos a poder conseguir. La oración y el sacrificio son, por lo tanto, necesarios para que el poder de Jesús esté en nosotros.

Alguien dijo: "Dame un punto de apoyo y podremos mover el mundo". Pues para poder mover el mundo necesitamos la oración y el sacrificio, que son como la clave para que la fuerza y el poder de Jesús estén en nosotros: oración y sacrificio. Yo voy a hablar del sacrificio, de acuerdo, porque el sacrificio forma parte del estilo de los seguidores de Jesús.

Lo primero, primera cuestión sobre el sacrificio: el sacrificio, lo importante para que tenga valor es que el sacrificio esté puesto al servicio del bien, de acuerdo. El sacrificio al servicio del bien, porque hay muchas personas que hacen muchos sacrificios, muchos esfuerzos, para perseguir el mal. Yo os pondría un ejemplo por ahí: es que hay muchas personas que hacen muchos sacrificios, muchos sacrificios, para perseguir el mal. Por ejemplo, a ver, pues que se entrenan para matar. Hay personas, por ejemplo, los mafiosos, los mafiosos, lo sabes tú, los terroristas... tú no sabes lo que un terrorista se sacrifica; se sacrifica muchísimo, o sea, hace entrenamiento tremendo el terrorista para conseguir matar. Se sacrifica, fíjate, y hasta se sacrifica el que se pone un cinturón y se sacrifica como un hombre bomba. ¿Ese sacrificio es bueno? No, porque el sacrificio tiene que ser para el bien, no para el mal.

Más ejemplos: por ejemplo, también uno que persigue a los cristianos, por ejemplo. Uno que quiere conseguir la droga, y para conseguir la droga se sacrifica; es capaz de sacrificarse lo que haga falta por conseguir la droga, sabes. O, por ejemplo, trabaja desde primera hora hasta última hora y se sacrifica para conseguir la droga, ¿eso sirve para algo? No sirve para nada. Y otras, otros se sacrifican para que, a ver si tengo un tipito muy bueno y entonces, no, pues llegan y me puedo poner este vestidito que yo quiero, que quiero lucirme delante de los demás, y fíjate tú, me sacrifico por eso, por lucir el tipito. ¿Ese sacrificio vale para Dios? Pues no, porque resulta que no lo hace por ayunar, lo hace por lucir el tipo; eso no vale para nada. Entonces, el sacrificio tiene que estar al servicio del bien.

Y el bien ya sabemos quién es: el bien es Jesús,... Jesús es la bondad, es el bien. Luego el sacrificio tiene que ser: "Yo te lo doy para que tú se lo des". Como hemos

dicho antes, el sacrificio tiene que ser: "Jesús, dame lo que tú me pides para que yo te lo pueda entregar". El sacrificio es un don que Dios nos ha dado para que nosotros nos pongamos a su servicio. Luego, primera cosa que yo os quería decir con el sacrificio: en esta vida, el demonio a veces te dice: "Nada, no te sacrifiques, tú vive bien, vive cómodo, pero pasa de estar ahí sacrificando". El demonio es un mentiroso, porque a esos a los que les dice que no se sacrifiquen se terminan sacrificando un montón por tonterías y por cosas malas. En el fondo el demonio es un mentiroso porque lo que te quiere convencer es de que tú no tienes que sacrificarte y ser un perezoso, y luego resulta que acabas sufriendo más y sacrificándote más por cosas malas en vez de por cosas buenas. Aquí lo importante es sacrificarse por cosas buenas, no por cosas malas. Dios nos da sus dones y el auténtico sacrificio es devolverlos a Él. Tú me lo diste Señor, gratis me lo has dado, yo te lo voy a entregar gratis.

Entonces, yo voy a intentar en esta charla explicar un poco algunas características de cómo tiene que ser el sacrificio de un cristiano, qué características tiene que tener. Para la primera he dicho que un sacrificio tiene que estar al servicio del bien, al servicio del bien.

En segundo lugar, el sacrificio, si es un sacrificio cristiano, tiene que ser un sacrificio que lo sepa Dios y nosotros, que no lo estemos luciendo delante de la gente para que todos los demás se enteren. Jesús dice: "Tú, cuando vayas a hacer una cosa, hazla en silencio, lo haces y que no se esté todo el mundo enterando de: 'mira lo que he hecho, mira lo que he hecho'", como si lo estuviese enseñando ahí un poco. El sacrificio lo sabe solo Dios; a mí no me importa que lo sepan los demás. Los sacrificios que más valen son los que permanecen ocultos delante de los demás y solo los conoce Dios; esos son los que más valen.

Mira, yo hace unos años escuché una historia que a mí me conmovió, y os la cuento. Y esto pasó en Madrid hace ya bastante tiempo, hace muchas décadas. Y pasó que había una mujer que era cocinera, que trabajaba como cocinera con los jesuitas en una comunidad de los jesuitas en Madrid. Y esta mujer todos los días madrugaba mucho para ir al convento de los jesuitas y preparar el desayuno, y cogía un metro para trabajar. Y en el metro allí se encontró en una ocasión a un hombre ciego que tenía mucha dificultad de moverse por el metro para ir el hombre a su puesto de la ONCE y entonces ella le dijo: "Mira, que a mí me viene muy bien porque yo, total, trabajo allí en la cocina en tal sitio y a mí no me cuesta nada llevarte conmigo. Y quedamos todas las mañanas aquí pues a las seis de la mañana". A las seis de la mañana iban juntos y la mujer pues asumió en su vida ya todos los días: "Pues a mí me viene de paso, me viene de paso, si a mí no me cuesta nada". ¿Qué pasó? Pues pasó que esa mujer un día se jubiló y dijo: "Y ahora me jubilo". Y claro, si le digo que yo a partir de ahora ya no me voy a levantar por las mañanas y no le dijo nada al ciego. Y ella, aunque ya dejó de trabajar (ya tendría sus 65 años cumplidos), pues por la mañana seguía levantándose a las 6, le llevaba al ciego, y luego se volvía a su casa.

Así pasaron unos años y un día esa mujer pues le dio un ataque de esos repentinos, que hay muertes súbitas, y falleció. Y de repente el ciego vio que por la mañana, la mujer no apareció. Y claro, y vio que al día siguiente tampoco estaba, no estaba, no estaba. Y entonces, como el ciego sabía que esa mujer iba a trabajar de cocinera allí al comedor de los jesuitas, pasaron unos días y llamó por teléfono al jesuita. Le dijo: "Oiga, que no sé nada de la señora Carmen. ¿Saben ustedes algo de ella?". Y tanto...

fíjate. Y los jesuitas le dijeron: "¿La señora Carmen?" "Sí, pero la señora Carmen trabajó hace muchos años aquí, pero ella ya no trabaja de cocinera". "Sí, pero nos hemos enterado por sus hijos de que ha fallecido". Y aquel ciego se dio cuenta que durante seis o siete años, esa mujer le había acompañado por las mañanas y sin haberle dicho que ya estaba jubilada, se lo había callado sin decirle que estaba haciendo este sacrificio. Es decir, que el sacrificio que más vale a los ojos de Dios es el que solamente sabemos... yo y Dios. No hacemos las cosas para lucirnos delante de los demás, no las hacemos ¿por qué? Porque Dios nos conoce y nos vale con que Jesús lo sepa, me vale con que él lo sepa, de acuerdo. Creo que eso es muy importante también para que un sacrificio tenga valor.

Obviamente tienes que hacerlo pues sin esperar nada a cambio. Las cosas las hacemos porque sí, porque el bien es bueno por sí mismo, no porque me es provechoso sino porque en sí mismo es bueno. Conocéis también la historia del padre Kolbe, ¿la conocéis? La historia del padre Kolbe cuando él cambia su vida por otro, pues uno dice: ¿y qué provecho se saca a cambio de eso? Si yo te entrego mi vida, venga, te cambio la mía por la tuya, nos cambiamos. ¿Te imaginas eso?, me cambio yo por ti y tú por mí, me cambio a cambio de nada. Bueno, pues cambiar la vida en vez de otro, que yo no saco ningún provecho, eso es lo que Jesús espera de nosotros. Que hagamos el bien de manera que no nos importa más que Dios, que solo lo conozca Dios, y yo no espere nada a cambio de ello.

Otra característica del sacrificio, como decía San Ignacio de Loyola: "más en las obras que en las palabras". Hay veces pues que podemos predicar, predicar muchas cosas buenas, decir cosas bonitas, pero muchas veces el mayor sacrificio es el que podemos hacer con nuestras obras. Por ejemplo, os comparto una historia verdadera muy bonita que vivió una joven, una joven que fue a trabajar, se llamaba Antonieta, en una familia que era de judíos. Entonces los judíos que no veían con muy buenos ojos que una joven cristiana pues estuviese trabajando con ellos; entonces ella pues era una ferviente amante de Jesús, pero le dijeron: "Bueno, pero si tú vienes aquí tienes que dejar totalmente a un lado el que eres cristiana. Aquí no puedes estar hablando de Jesús, no puedes rezar en las comidas porque nosotros somos judíos y no somos cristianos", y etcétera. Y ella dijo: "Bueno, pues yo quisiera ir a misa". "Bueno, pero nosotros no vamos a misa y...". "Bueno, pues si vas a misa tiene que ser antes de que nosotros nos levantemos de la cama".

Y llegaron a un pacto con la señora de la familia de los judíos, y dijeron: "Bueno, si tú vas a misa antes de que nosotros nos hayamos levantado de la cama, vale, porque eso nosotros no lo hemos visto". Y Antonieta vivió así durante muchos años en esa familia, durante mucho tiempo sin poder hablar nunca de Jesús. Ella era una enamorada de Jesús, pero ella no podía decir nunca el nombre de Jesús, iba a misa cuando estaban en la cama y... llegó un día, fíjate cómo son las cosas, en que Antonieta falleció. Y cuando falleció, pues esta familia le admiraba mucho por lo sacrificada que era, que no se quejaba nunca, todo estaba a punto, todo estaba en su sitio; y resulta que cuando falleció le encontraron una medalla, una medalla que dentro de ella decía: "Jesús, yo no puedo hablarles de ti, ojalá mis obras les hablen de ti". Ella había escrito en la medalla como esta especie de lema. A mí me gustaría hablarles a los demás de ti, pero como no puedo, ojalá mis obras, las obras que hago, les hagan entender lo bueno que tú eres. Aquella familia con la que estuvo Antonieta se hizo cristiana, sabes, aquella familia se hizo cristiana porque les impresionó tanto el que Antonieta hubiese sido capaz de estar

rezando por ellos, haciendo las cosas por amor a Jesús, sin haber hablado nunca de Jesús con sus labios. Pero a veces en esta vida, aunque no hablemos con nuestros labios, podemos hablar con nuestra vida, con nuestras obras. Entonces eso es el sacrificio: el sacrificio consiste también en que con mis obras, con mi sacrificio, con mis renunciaciones, estoy demostrando que hay un amor muy grande que mueve la vida. Es una característica del sacrificio cristiano.

Las dos características principales del sacrificio cristiano: el sacrificio se hace por amor al prójimo y por amor a Dios. Las dos razones principales del sacrificio son amor al prójimo y amor a Dios; las dos cosas son las que nos mueven en la vida. Os cuento también dos historias, dos anécdotas que iluminan esto: por amor al prójimo. Fijaros, el caso de una niña que tenía un amor muy grande, muy grande a su padre, y tenía sufrimiento, tenía el sufrimiento de que su madre no era muy cristiana pero su padre no tanto, y a veces le ocurre eso: que uno tiene sufrimiento de que hay alguien que quiere mucho en su familia, e igual no comparte sus ideales, y eso para él es un sacrificio. "Cuanto me gustaría que el aita fuese también creyente de Jesús...". Y entonces ocurrió que ella rezaba por su padre, rezaba por él y tenía el deseo de: "Jesús, como yo te pido que el aita llegue a conocerte a ti, que el aita crea en ti como la ama, como el resto de los hijos". Y le rezaba, le rezaba y le rezaba por ello. Ocurrió que esa niña pues tuvo una enfermedad seria, importante, que tenía que hacer una operación pues grave, de esas que se dice de vida o muerte. Y esa niña, dijo: "Bueno, yo voy a ofrecer esta operación, la voy a ofrecer por el aita, por la conversión del aita. Ofrecer este sacrificio por su conversión, ofrecer su sacrificio para que aita también te conozca a ti por amor al aita".

Bueno, que sepáis que, por ejemplo, en este lugar, en ese monasterio de donde vamos a tener hoy a la tarde la misa, durante muchos años aquí han estado unas religiosas contemplativas que tenían como carisma entregar su vida en sacrificio por los demás. Yo estuve ahí visitándolas la semana siguiente de que me hice sacerdote, por cierto, hace 30 años que se han cumplido este verano, y me acuerdo perfectamente que la semana siguiente a mi ordenación yo vine aquí a verlas. Y no olvidaré nunca que una de ellas me dijo (aparte de felicitarme, etcétera), me dijeron: "No olvide usted nunca en su vida, cuando tenga estos problemas gordos, cuando en situaciones difíciles, que una de nosotras estaremos siempre el día y la noche delante del Santísimo rezando y sacrificándonos por ustedes y por su ministerio; y eso será siempre hasta el final de nuestra vida, porque nuestra vocación es rezar y sacrificarnos por los demás". Yo me acuerdo de eso más de una vez, y eso fue hace 30 años en ese lugar.

Bueno, esta niña también dijo: "Yo quiero sacrificarme por mi padre, yo quiero ofrecerle la operación por él". Cuando entró al quirófano, al médico y al anestesista les dejó flipados, porque la niña dijo: "Bueno, espere un momento que yo quiero primero rezar". Y la niña allí en el quirófano, ni corta ni perezosa, delante de todo el mundo, se pone de rodillas porque quería rezar por su padre. Y claro, el doctor pensaba "para rezar por ellas", pues no, "reza por sus padres". "Yo rezo por mi padre para que sea cristiano". Tanto le impactó al médico aquello y al anestesista, que les dejó flipados, que el propio médico anestesista también recibió la gracia de la conversión por ver a una niña ofrecer su operación por la conversión de su padre. Es decir, que para que el sacrificio sea verdaderamente cristiano, lo tenemos que ofrecer por el bien del prójimo. Nos sacrificamos por el bien de los demás, y cada uno de nosotros tiene que pensar: "¿Yo

qué cosas puedo ofrecer?". Rezo por los demás, y además uno la oración con el sacrificio por los demás.

Y por amor a Dios, por supuesto, por amor a Dios, porque uno puede decir: "A ver, yo qué, Señor, si todo lo he recibido de ti, si todo lo que tengo en mi vida es puro amor tuyo, regalo tuyo; qué puedo hacer para expresar el amor que tengo". Bueno, pues una de las cosas que el Señor nos permite hacer es también ofrecer un sacrificio, a Dios le podemos ofrecer pues muchas cosas como expresión: "Sí, Señor, por ti, por ti soy capaz de vivir esto y con confianza y sin amargarme". Porque te voy a decir una cosa: el sacrificio de la vida vivido con alegría y sin estar amargado es el mayor signo de amor que a Dios uno puede ofrecerle. Yo le digo: "Señor, yo te ofrezco el sacrificio de que me cuesta mucho levantarme por las mañanas para ir al colegio". Y además lo voy a intentar hacer alegre y no amargado, y no arrastrándome. Y no hay un sacrificio que más le guste a Dios que el de hacer las cosas que nos cuestan con un corazón alegre, hechas por amor a Jesús. Un sacrificio para que tenga amor a Dios, para que tenga verdaderamente valor, se suele traducir en el corazón alegre: vivir las contradicciones de la vida, vivir las cruces de esta vida sin amargarnos, con confianza y con alegría. Esa es la mayor expresión del amor a Dios y de la confianza en Dios. Por eso, cuando uno vive sin alegría, pues está expresando que le falta amor a Dios.

Bueno, resumen: el sacrificio es algo tan importante en la vida cristiana que en la Eucaristía decimos que es el sacrificio del amor de Jesús ofrecido por la salvación del mundo; cada vez que celebramos la misa se está renovando el sacrificio de Jesús. La Eucaristía es el sacrificio de Jesús vuelto a renovarse y vuelto a hacerse presente, y vuelto a ser ofrecido en el altar por la salvación del mundo. Para nosotros la palabra sacrificio es una palabra que no solamente es una palabra que haga referencia al esfuerzo mío, sino, sobre todo, el sacrificio me recuerda a lo que hizo Jesús. Sacrificio es lo que hizo Jesús, que entregó su vida al Padre como sacrificio por la salvación de nosotros. Lo nuestro son pequeños sacrificios que si yo los uno con Jesús, tienen un gran valor. ¿Quién me dice de cuál es el momento especial en la misa para unir nuestro pequeño sacrificio con el sacrificio de Jesús?, ¿cuál es el momento más especial?: "La consagración", ¿alguna otra opinión? "el Padre Nuestro", "la comunión", "el dinero que damos", "la paz", "el ofertorio". A ver, en el momento del ofertorio se suele poner el cáliz, y se echa vino, y en el vino se echa una pequeña gota de agua. Y esa pequeña gota de agua significa mi pequeño sacrificio unido al de Jesús; el vino es el gran sacrificio de Jesús y la gota de agua simboliza mi pequeño sacrificio unido al de Jesús. Entonces, yo creo que todo lo que habíais dicho es verdad, pero yo creo que ese momento del ofertorio, cuando yo ofrezco mi pequeña gota de agua echada en el vino, me oferto, a veces junto con el pan y el vino se llevan ofrendas al altar: "Jesús, te voy a ofrecer el dolor de cabeza que tengo". ¿Se le puede ofrecer a Jesús un dolor de cabeza? Sí, sí se le puede ofrecer a Jesús. ¿Un disgusto? Sí, se le puede ofrecer un disgusto. ¿Se le puede ofrecer a Jesús un sobresaliente? Sí, se le puede ofrecer, ¿un suspenso? Sí, se le puede ofrecer un sobresaliente y un suspenso. ¿Se le puede ofrecer la copa en la copa de la Eurocopa? Sí se le puede ofrecer, ¿ser eliminado? también, eso se le puede ofrecer. Y por eso pienso que el momento clave del sacrificio es en el ofertorio

Pero luego hay un momento en la misa, voy a decir una palabra aquí, que se llama la epiclesis. ¿Y quién me dice qué se dice en ese momento? Se dice: "Por Cristo, con Él y en Él...". Ese es el momento en el que yo voy a ofrecer mi sacrificio, y dice: "Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor

y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén". Es decir, que yo por Cristo, con Cristo y en Cristo lo ofrezco, que es el principio unido al suyo. O sea, que mi gota de agua se va a unir a la de Jesús, aquí no se va a perder nada, no se va a desperdiciar nada en esta vida. Yo voy a unirme con Jesús. Luego los dos momentos principales son, el ofertorio y esta epiclesis, el momento en el que yo me uno con el sacrificio de Jesús y ofrezco toda mi vida como un sacrificio.

Hemos dicho en la charla que los sacrificios verdaderamente cristianos están hechos al servicio del bien, que están hechos con alegría, que están hechos para que Dios lo conozca y no para que se entere todo el mundo sino que yo no espero nada a cambio, que lo hago por amor a los demás, que lo hago por amor a Dios... todas esas características que hemos ido explicando, todas esas las sumamos y las presentamos con Jesús en la Eucaristía. Es una gran lección la del sacrificio de Jesús y es un gran regalo el que nosotros nos podamos unir al sacrificio de Jesús.

Bueno, pues lo vamos a dejar aquí.